



Dr. Edgar Cabezas Solera

HACE TREINTA AÑOS

Qué fácil es citar una cifra. Como si contar de uno en uno; con esa rapidez pasan las cosas, y a veces no se valora la trascendencia de lo que sucede.

El primero de mayo de 1963, por primera vez en Costa Rica se sometía una paciente a una intervención quirúrgica utilizando una máquina corazón-pulmón para corregir un defecto cardíaco.

Esto significaba subir un peldaño de la escala sin fin que el científico tiene ante sí para superarse, y con eso, dar una ilusión, una esperanza al ser humano que la busca.

Cual fue en parte el trasfondo de lo que pasó en esa fecha?

La cirugía cardíaca venía con una enorme cantidad de inquietudes, limitaciones e incógnitas que necesitaban ser superadas.

Hubo quien dijo, que la distancia de 2 o 3 centímetros que separa del corazón de la piel en el tórax, tardó 200 años en ser superada.

Era tal el tabú que ese corazón tenía el médico al enunciar que: "el médico que se atreviera a saturar el corazón, puede estar seguro de perder para siempre la consideración de sus colegas".

La historia se fue conociendo. Es apasionante intentar sentir la vivencia que experimentó Louis Rehn (en Francfort) conocedor de la literatura existente sobre heridas cardíacas, al ver a su paciente recuperado después de suturar una herida en el corazón en setiembre de 1896, por primera vez en la historia.

Posiblemente la misma que en 1917 viviera el Dr. Julio Aguilar Soto al intentar lo mismo, y en 1936 cuando el Dr. Ricardo Moreno Cañas veía caminar a su paciente recuperado.

Las pocas experiencias costarricenses y las que la literatura mundial conocía; con la fuerza de la idea a la que llega su época, hacían que ese inquieto, inconforme con lo que tenía, peleador insigne contra la enfermedad cardiovascular, hicieron que después de años de sacrificio, llegara a ser su indeleble huella en los anales de la cirugía costarricense. Me refiero al Dr. Andrés Vesalio Guzmán Calleja.

Médico, hijo de médico y profesional realizado con el enorme esfuerzo de una época difícil, llegó al país de Canadá con esa amplia mente, con un zurrón cargado de inquietudes e ilusiones que poco a poco, fue sacando del mismo, para nunca estar tan satisfecho con lo que tenía.

Investigaba en la literatura, de ahí buscaba soluciones y si no las encontraba se iba al laboratorio experimental a intentar encontrar respuestas propias.

Sus inquietudes quirúrgicas, junto con otros colegas, cayeron como lo anota la parábola del Sembrador: "hay granos que caen en buena tierra germinan y dan su fruto".

Y así pasó, llegó el Dr. Guzmán a un servicio quirúrgico, -una buena tierra-, dirigida por otro gran maestro de la cirugía, el Dr. Jorge Vega Rodríguez. Ahí mostró sus inquietudes, ahí fue guiado y apoyado, y ahí da sus primeros pasos en la cirugía cardíaca. En 1952 realiza el Dr. Guzmán la primera comisurotomía mitral en nuestro país, y en Centroamérica.

Pero el Dr. Vega no sólo a este cirujano tenía a su servicio. Hubo otros que hicieron surco y luego camino para

otros derroteros: el Dr. Roberto Ortiz Brenes, en su apasionada cirugía infantil, Dr. Carlos M. Trejos Flores con su señorío en la cirugía torácica, Dr. José Enrique Sotela el "mago" de la anestesia, y siguen muchos nombres que por lo amplia de la lista creo que caería en la injusticia de la omisión por sí la intento, pero que demuestra la envergadura de ese aglutinar de médicos brillantes a la par de excelso caballero, ciudadano y cirujano notable como ha sido el Dr. Vega Rodríguez.

Llegan los años sesenta, y un interno pasa por los quirófanos del hospital San Juan de Dios. Se encuentra con un tórax abierto en donde predominaban los latidos cardiacos intermitentemente cubiertos por el pulmón al expandirse y en el fondo de la cavidad un gran vaso -la aorta- sobre el cual se operaba.

Dice una voz fuerte: ¿Qué está haciendo?
La respuesta eran los ojos clavados en la anatomía.

Seguidamente se escucha: "Lávese y venga a ayudar".

Se corrigió en ese episodio una coartación de aorta. Pero también se abrió todo un mundo para ese interno. Pues nació una pasión, un amor por la cirugía cardiovascular, nació una amistad que no ha muerto; pues con el repetir sus enseñanzas vive en nuestras mentes y en el resultado de las mismas.

Ese interno es quien escribe; ese maestro y amigo, el Dr. Guzmán. En esos tiempos ya estaba intrigado el Dr. Guzmán por la máquina que en 1953 el Dr. John Gibbon había utilizado para poder derivar la sangre fuera del organismo y corregir un defecto cardiaco.

Lo estudió, fue a los Estados Unidos y llegó con su mente creadora al laboratorio de cirugía experimental a buscar soluciones.

Llamó a varios amigos, Esteban López Varela, Isafas Alvarez Alfaro, Rafael Coto Chacón, Manuel Zeledón Pérez, José E. Sotela, Luis Guillermo Hidalgo, Rodrigo Gutiérrez Aguilar y el "interno Cabezas".

Empezó el diseño de un proyecto, se le dió forma; armamos una máquina de circulación extracorpórea y nos pusimos a trabajar en el laboratorio. 80 perros se sometieron al proceso de conocer la fisiología de la circulación extracorpórea. Al fin tuvimos animales sobrevivientes; el primero de éstos se llamó "Capitán" y tanto fue el entusiasmo que un guarda del Hospital que escribía poemas, don Belisario González M., le dedicó su inspiración a este animal.

Así era como se participaba en el trabajo en el San Juan, todo el mundo.

Esos dos años de trabajo nos dieron la fortaleza para tomar la decisión de planear, estudiar, realizar con éxito la intervención - que se efectuó el primero de mayo de 1963; - sólo diez años después de la realizada primero en el mundo por Gibbon-, la primera en Centroamérica.

Esa fue la brecha que se abrió; luego fue camino rústico y hoy tenemos el amplio panorama de la cirugía cardiaca que cada día se ensancha más en nuestro país y que, con el entusiasmo, dedicación y honradez científica nos llevará a horizontes, tal como lo dijo Jorge de Bravo:

"En el lomo del último horizonte
dejaremos la paz y la esperanza
como lunas inmersas, suspendidas
sobre odios, crepúsculos y el mar...

¡Abre tu soledad, hermano hombre!

Con arrojarnos al amor nos basta".

Dr. Edgar Cabezas Solera.